



JULIA
LONDON

AUTORA SUPERVENTAS DEL *NEW YORK TIMES*

El
SECRETO
de
NAVIDAD

1.5° Los secretos de Hadley Green

Cuando Eireanne O'Conner, la hermana menor de Declan O'Conner, vuelve a Ballynaheath, su casa en Irlanda para pasar la Navidad, se encuentra con que su hermano se ha casado.

Allí, con Declan y Keira, su nueva cuñada, y las traviesas gemelas Molly y Mabe Hannigan haciendo de las suyas, durante los doce días de la Navidad, se verá envuelta en una delicada situación por unas cartas anónimas que causan preocupación en el condado, y atraen la atención de un joven caballero americano que está de visita en la mansión. Habrá secretos y sorpresas que, o bien, hundirán a Eireanne más profundamente en los escándalos que han rodeado a su familia, o ¡la enviarán a Londres para encontrar un marido noble, que esperan pueda añadir un poco de dignidad a una familia que parece no poder mantenerse lejos del escándalo!

Capítulo I

Inglaterra

Navidad de 1808

Cuando era un niño que crecía a las orillas del río Hudson en Nueva York, Henry Bristol soñaba con navegar alrededor del mundo en un barco mercante, o residir en una granja con manadas de perros y caballos para hacerle compañía. Ahora que era un hombre, poseía cuatro excelentes perros de caza y una manada de caballos. Pero lamentablemente, en un viaje de América a Inglaterra, descubrió, de la manera más cruel, que nunca sería un marinero. Había pasado la mayor parte del mes que duró el viaje en su litera, verde como un sapo y bastante enfermo.

Henry nunca hubiera soñado que precisamente él, de entre todos los hombres, sería atacado por una enfermedad tan debilitante como el mareo. Se había hecho fuerte y robusto gracias a los años que pasó trabajando en las vastas explotaciones agrícolas de su familia, mientras que su hermano Thomas se había encargado de la fábrica de ladrillos familiar. A Henry le gustaban su vida y el trabajo físico. Pero le gustaban más los caballos, y a la edad de veintiséis años le había surgido la oportunidad de formarse con uno de los mejores criadores de caballos de toda Europa. Había convencido a su familia de que estaba destinado a la grandeza de la cría de caballos, y en una solea-

da tarde de verano, navegó desde Nueva York hacia Inglaterra en el barco más grande que jamás había visto.

El barco apenas se había alejado del puerto cuando Henry sintió que las primeras náuseas le contraían el estómago.

No tuvo ni un momento de alivio; había padecido la enfermedad durante el mes completo que duró la travesía. Nunca había estado tan agradecido con el Todopoderoso como cuando el barco llegó a Inglaterra y pisó tierra firme otra vez.

Con las piernas afianzadas sólidamente debajo de su cuerpo, Henry se dirigió a Londres tal y como había acordado previamente, solo para encontrar una carta en su hotel: Declan O'Conner, Conde de Donnelly, el incomparable criador de caballos que había aceptado ser el tutor de Henry, estaba en medio del adiestramiento de un caballo para un conde danés, y no podría comenzar su instrucción hasta dentro de un mes o más.

Eso le vino bastante bien a Henry, que procedió a recuperarse de su horrible viaje disfrutando de los frutos que la vibrante ciudad de Londres tenía para ofrecer... y que, francamente, eran muchos cuando uno tenía cartas de presentación de familias con conexiones tanto en el Nuevo como en el Viejo Mundo.

El hecho de que Henry fuera norteamericano^[1], y por lo tanto una especie de curiosidad, significó que pronto fue asediado con tantas invitaciones a los salones elegantes, cacerías, carreras de caballos con apuestas, que lo dejaron asombrado. Henry fue presentado a hermosas mujeres y aprendió los pasos de los bailes más populares.

Empezaba a sentirse como en casa cuando fue informado de que Lord Donnelly había vuelto a Irlanda precipitadamente a causa de un escándalo tan sorprendente, que el criado de Donnelly, un hombrecillo llamado Fish, apenas podía hablar de ello.

–Pero he pagado generosamente por esta oportunidad –dijo Henry con un poco de exasperación, mientras un pequeño rizo de pánico se extendía por su estómago–. ¿El Conde tiene la intención de renegar de nuestro acuerdo?

–Por supuesto que no –dijo el señor Fish, como si la sugerencia hubiera sido ridícula, incluso a la luz del asombroso escándalo que había obligado al Conde a huir a Irlanda–. Sin embargo, no es conveniente para Su Señoría en este momento.

Henry intentó parecer enfadado y decepcionado, pero no lo consiguió. Daba la casualidad de que Londres sí era conveniente para él, y se unió alegremente a sus nuevos amigos en los clubes de caballeros que parecían haber en cada esquina de Mayfair. Se convirtió en un jugador bastante bueno. Cortejó a un par de primas de una familia prominente y se olvidó de la cría de caballos.



Una mañana, varias semanas después, cuando Henry regresaba a su hotel con los ojos legañosos y apestando a *whisky*, después de pasar una noche particularmente memorable en un antro de juego en Southwark, el conserje le tendió una bandeja de plata sobre la que había una hoja de vitela doblada. Esta llevaba el sello de Ballynaheath, en Irlanda, y un caballero había escrito que el Conde de Donnelly recibiría ahora a Henry, en diciembre de 1808.

Henry sonrió. Por fin conocería al hombre que, todo el mundo en Londres estaba de acuerdo, criaba los mejores caballos de Europa.

Henry hizo las maletas, pidió un carruaje, y poco tiempo después partió a través de la encantadora campiña inglesa hacia Gales, donde tomaría un barco para lo que un compañero de juego le había asegurado que era un simple «saltito» a través del Mar de Irlanda.

Pero en el momento en que Henry llegó a la pintoresca y pequeña aldea galesa de Holyhead, el olor salado del mar y el del pescado le recordó su terrible experiencia al viajar a Inglaterra, y lo dejó un poco mareado. Para empeorar las cosas, se avecinaba una tormenta por el horizonte, justo hacia donde tenían que navegar.

–Todos a bordo, señor –le dijo el sobrecargo.

Henry miró con inquietud al marinero.

–¿Quiere decir que navegaremos hacia esa tormenta?

El hombre echó una mirada casual al horizonte.

–Sí, pasará volando –dijo–. Todos a bordo, por favor.

Henry miró con recelo la embarcación y luego lanzó su mirada hacia la tierra que le habían hecho creer que era prácticamente visible desde las costas de Inglaterra. Pero no lo era.

–Vamos entonces, caballero –dijo el marinero con impaciencia.

–Sí, está bien –dijo Henry. Tomó aire lo más profundamente que pudo y, aguantando la respiración, se ajustó el sombrero, se colocó la bolsa en el hombro y se subió a la pasarela.

Cuando se desplegaron las velas, el barco fue de inmediato recibido con fuertes lluvias y vientos helados, y Henry no pudo hacer nada para ayudarse a sí mismo. Encontró un asiento cerca de la barandilla, debajo de las marquesinas de madera que protegían a los pasajeros de los elementos, y rezó por la liberación.

Fue *liberado* de su cena casi de inmediato, y su estado físico pasó de espantoso a desastroso. Tal y como había dicho el marinero, la tormenta finalmente se alejó de ellos, pero los vientos seguían soplando muy fuerte, y el barco

crujía y gemía y subía, después se desplomaba, una y otra vez, hasta que el malestar de Henry arraigó profundamente en su interior. Pensó que era cruel que las estrellas brillaran serenas en lo alto, mientras el mundo parecía torcerse y girar, zarandeándolo como si fuera un niño pequeño en lugar del hombre fuerte y robusto que siempre habría creído ser.

En medio de su desastre personal, un ángel descendió hacia él desde el cielo. Henry apenas estaba consciente, pero de repente percibió un olor a rosas. Entonces alguien le refrescó la cara con un paño frío. Un pañuelo, descubrió cuando ella lo puso en su mano. Lino blanco, perfumado con aceite de rosas.

—Debe levantarse, ¿de acuerdo? —dijo con dulzura. Su voz tenía una cadencia suave—. Si no está de pie y mirando hacia el horizonte, el mareo no lo abandonará.

Sintió unas manos delicadas en su brazo, tirando de él para levantarlo. De alguna manera, Henry se puso en pie. De alguna manera, puso ambas manos en la barandilla y abrió los ojos. Pensaba que no podía haber nada peor, nada más horroroso que vomitar frente a este ángel de dulce olor.

—Mire allí —dijo ella.

La voz procedía de algún lugar por debajo del hombro de Henry. Entonces vio su mano extendida, la punta de su delgado dedo señalando, y se obligó a mirar en esa dirección.

A la luz de la luna llena podía ver las estrellas brillando por encima de las subidas y bajadas del mar. Henry podía sentir esas subidas y bajadas en su estómago. Debió haber gemido, porque ella le rodeó la cintura con un brazo firme para sostenerlo.

—No mire las olas, señor —dijo—. Mire el cielo. Mantenga los ojos fijos en algo que no se mueva.

Tragando saliva, hizo lo que le sugería. Pasaron un par de minutos. Su estómago se revolvió, pero no tan violenta-

mente como al principio.

—La abuela cree que si una se come una patata cruda empapada con un buen *whisky* irlandés se mantendrán alejadas las náuseas, pero yo no podría soportar comer tal cosa. Me he dado cuenta de que un vaso de cerveza de jengibre caliente funciona bastante bien.

Henry se arriesgó a mirar a su ángel misericordioso. Era bonita. Un mechón de cabello oscuro asomaba por debajo de la capucha de su capa y caía de manera natural sobre su frente. Sus ojos, bordeados de gruesas pestañas, parecían casi de un azul cristalino a la luz de la luna. Sus labios regordetes, que esbozaban una suave sonrisa de simpatía, eran de color rubí oscuro.

Tuvo la intención de preguntarle su nombre, pero el barco volvió a sacudirse elevándose, y el estómago de Henry con él. Se volvió rápidamente hacia la proa para observar el horizonte, luchando contra las náuseas.

—Mantenga la mirada en el cielo, y estaremos en Dublín antes de que se dé cuenta.

Rezó para que tuviera razón, y fijó su mirada en una estrella que parecía más brillante que las demás. Cuando miró hacia atrás para buscar a la mujer, se había ido, desapareciendo en la noche.

Un ángel, pensó mientras se concentraba en el horizonte. Un ángel que había bajado del cielo para salvarlo.

Bajó la mirada al pañuelo de lino que tenía apretado en el puño. Cuidadosamente bordadas en la orilla festoneada estaban sus iniciales, en el mismo color azul de sus ojos: E. O.



Capítulo II

Dublín, Irlanda.

Eireanne O'Conner se había criado en Ballynaheath, en el Condado de Galway. Cuando era niña, se consideraba una delicia viajar a Dublín, con todas sus tiendas y la variedad de mercancías, igualadas solo por la variedad de personas pululando por las calles. Pero ahora, después de haber pasado los últimos tres meses en Lucerna, Suiza, le resultaba sorprendente que Dublín pareciera tan pequeño y sucio.

Suponía que sus instructoras le habían abierto los ojos de muchas más formas de las que había sido consciente. Había asistido al prestigioso *Instituto Villa de Amiels*, donde se enviaba a las jóvenes damas de clase adinerada de todo el mundo para su «instrucción». Esa era la manera educada de decir que las jóvenes eran enviadas allí a prepararse para el mercado matrimonial más elitista del mundo. Supuestamente, cuando una joven salía del *Instituto*, no solo había adquirido todas las habilidades sociales necesarias para moverse entre la *Alta Sociedad*, sino que también había establecido las conexiones necesarias. Por lo tanto, era lógico, al menos para las familias que paga-

ban un elevado precio por enviar a sus hijas, que les llegaran ofertas de matrimonio más fácilmente.

Eireanne creería que eso era cierto cuando tuviera una oferta de matrimonio.

Declan, Conde de Donnelly, hermano y tutor de Eireanne, tenía la intención de enviarla a Londres cuando terminase sus estudios, con el único propósito de encontrar marido. Ese era el objetivo, la guinda del pastel^[2], *la razón de ser*^[3] de Eireanne. Ella debía aprehender toda su educación y encontrar un marido con título, *inmediatamente*^[4].

Todo ello sonaba demasiado calculador pero, honestamente, Eireanne estaba resignada a la realidad de su situación. Quería casarse, tener hijos, dirigir su propia casa. Y todavía mantenía la esperanza de encontrar el amor.

Desafortunadamente, en Irlanda, sus oportunidades de un matrimonio por amor eran bastante desoladoras.

En el Condado de Galway los caballeros solteros no crecían como las flores silvestres en los parques, como parecían hacerlo en Dublín y Londres, o incluso en Lucerna. No es que importaran sus circunstancias personales, ya que, incluso si hubiera escuadrones de solteros marchando hacia Ballynaheath, era *su* propia idoneidad como pareja la que impedía que Eireanne tuviera una proposición. Según sus amigas, Molly y Mabe Hannigan, las hermanas gemelas más jóvenes de Keira, la mujer con quien Declan se había casado con cierta prisa debido a otro escándalo pisándole los talones, todo era bastante simple: Declan, Dios lo bendijera, había sido bastante hábil atrayendo escándalos a lo largo de los años.

Lo que Molly y Mabe querían decir era que, como Eireanne había sido criada por su hermano el Conde, y había vivido bajo su tutela, su reputación estaba manchada por sus escándalos. Muchos caballeros podrían haberla apreciado, pero sus familias no apreciaban mucho a Declan, sobre todo después de un trágico ataque a una jo-

ven en Ballynaheath hacía varios años. El hecho no había tenido nada que ver con Declan, pero como había ocurrido en su casa, se le consideró responsable. Y cuando la joven se quitó la vida en lugar de vivir con la vergüenza, Declan había dejado a Eireanne sola en la mansión para poder huir de sus demonios particulares, y ella... bueno, había coexistido con la censura.

—No es justo —había dicho Molly una tarde hacía mucho tiempo. Ella y Mabe estaban, como era habitual, holgazaneando en las habitaciones de Eireanne en Ballynaheath, mientras esta y su doncella se ocupaban de hacer el equipaje—. No es como si *tú* hubieras embaucado a la joven o la hubieras tirado por el acantilado, ¿verdad?

La cara de la pobre doncella se había puesto de un rojo furioso. Era un hecho aceptado en Galway y sus alrededores que Molly y Mabe Hannigan podían ser bastante claras hablando. Francamente, todo el clan Hannigan tenía fama de decir lo que pensaban, incluso si los demás querían o no escucharlo. Sin embargo, Molly había tenido razón. Lo que sucedió en Ballynaheath había estado fuera del control de Declan. Sin embargo, él había tratado de compensar a Eireanne mediante su admisión en el *Instituto*.

—Ella es nuestra única esperanza —había dicho su abuela en más de una ocasión—. Eireanne es la única de nosotros que puede limpiar la mancha que ha caído sobre el nombre de nuestra familia. *Debe* casarse bien.

Así que a los veintiún años, edad que sobrepasaba la que tenían las jóvenes damas de clase alta cuando terminaban la escuela, e incluso en la que ya estaban casadas, Eireanne hizo las maletas y se dirigió a Lucerna.

A ella le gustaba Lucerna. Le gustaba la escuela y las amistades que había hecho allí. Pero extrañaba su hogar, y estaba emocionada por volver a casa para las Navidades^[5]. Sin embargo, Eireanne era consciente de que no regresaría al Ballynaheath que siempre había conocido:

aquel en el que había vivido con su abuela como tutora, completamente sola, paseando por esa enorme casa antigua, mientras que Declan se encontraba fuera, en Inglaterra o donde hubiera criaderos y carreras de caballos. Ahora estaba casado, y su esposa Keira estaba esperando su primer hijo. La abuela de Eireanne había escrito que la familia de Keira estaba siempre presente.

Por lo tanto, Eireanne ya no era la dueña. Era la invitada. Y era un poquito desconcertante.



Una lluvia constante recibió a Eireanne la mañana en que el carruaje llegó de Ballynaheath para llevarla en la última etapa de su viaje. Estaba muy acostumbrada a los viajes invernales en Irlanda y, por lo tanto, llevaba sus botas más resistentes y un vestido de lana, abotonado hasta la barbilla para evitar que la lluvia le mojara el cuello. También llevaba su nueva capa roja. Sus maletas estaban atadas a la parte trasera del coche y cubiertas con una lona.

El señor Donovan, el caballero que Declan había enviado para escoltar a Eireanne desde Lucerna, la estaba esperando en el vestíbulo del hotel cuando bajó.

—El carruaje está fuera, señorita. El mozo le mostrará dónde.

—¿El mozo? ¿No viene usted, señor Donovan? —le preguntó mientras se colocaba la capucha de su capa sobre la cabeza.

—Sí, pero hemos de esperar a un jinete. Una vez que aparezca, nos pondremos en marcha.

Eireanne no estaba sorprendida: a menudo los residentes del Condado de Galway montaban en los carruajes

de Ballynaheath o cabalgaban junto a ellos. Ella siempre disfrutaba de la compañía en un viaje que duraba casi dos días, pero por una vez estaba agradecida de que, en esta ocasión, quienquiera que fuese la acompañase montando a caballo, y no en el interior del coche. Apenas sería capaz de tener que charlar de cosas educadas, como el clima, mientras daba tumbos en un duro asiento del carruaje que rodaba a lo largo de una carretera minada por la constante lluvia invernal.

Las primeras horas de viaje fueron verdaderamente lamentables. Los viajes de ida y vuelta a Dublín habían llenado de baches las carreteras, y parecía como si el coche golpeará cada hoyo y cada piedra del camino. Eireanne fue sacudida como un saco de patatas, y se concentró en mantenerse en su asiento. De vez en cuando podía divisar al jinete moviéndose hacia la parte delantera del carruaje. Tenía un hermoso caballo negro, tan alto como ninguno que hubiera visto nunca. Estaba cubierto con un abrigo negro y un gran sombrero de ala ancha, desde donde la lluvia caía en riachuelos. No podía distinguir nada más que su ancha espalda y no podía adivinar si era joven o viejo, alto o bajo.

Ya era tarde cuando se detuvieron ese día en Athlone, un pueblo a orillas del río Shannon, que cruzarían a la mañana siguiente. Eireanne estaba agotada por el viaje y fue directamente a la habitación que el señor Donovan había dispuesto para ella.

Por desgracia, la lluvia los saludó de nuevo a la mañana siguiente, y con un suspiro de cansancio, Eireanne ocupó su lugar en el carruaje, haciendo una mueca de dolor cuando se sentó en el asiento.

Pero cuando esperaban el *ferry*, el señor Donovan abrió la puerta del coche.

—Disculpe, señorita, ¿pero le importaría si el señor Bristol espera dentro? El tiempo es asqueroso.

–No, en absoluto –dijo ella y al instante la puerta se abrió mientras un hombre entraba rápidamente en el interior. Tenía el sombrero calado hasta los ojos, pero ella notó que era de constitución sólida, con muslos gruesos, anchos hombros y manos grandes.

–Gracias –dijo, y se dejó caer en el asiento de enfrente, ocupando lo que parecía ser todo el espacio disponible en el interior del coche. Sus piernas, largas y musculosas, tropezaron con las suyas. Sus hombros llenaban todo el asiento frente a ella.

–Le dije al señor Donovan que no tenía ningún problema en viajar en el pescante con el conductor –dijo, sacudiendo el agua de sus guantes–. Pero estoy muy contento de que haya insistido en lo contrario. Está cayendo una cortina de agua^[6].

Tenía un acento peculiar, pensó Eireanne, viéndole arrojar los guantes a un lado. Él pareció darse cuenta entonces de que el agua goteaba por el borde del ala de su sombrero, así que se lo quitó, deslizándolo de su dorada cabeza. Se pasó los dedos por el pelo y levantó la vista con una sonrisa en un rostro sorprendentemente guapo.

Pero su sonrisa se congeló, y sus ojos se abrieron de par en par.

Mientras el *ferry* se alejaba de la orilla, el caballero miró boquiabierto a Eireanne como si estuviera viendo una aparición. Una pizca de horror recorrió a Eireanne, y miró hacia abajo para ver si tenía algo fuera de lugar.

–¡Es usted! –dijo él.

–¿Yo? –preguntó Eireanne, alzando de nuevo la mirada hacia un par de ojos color miel. Oh, era un hombre guapo, no había duda. Pómulos altos, mandíbula cuadrada.

–¿No lo recuerda?

Eireanne parpadeó. ¿Recordar qué, por el amor de Dios?

–Me salvó la vida. –De repente esbozó una radiante y encantadora sonrisa–. Usted es el ángel que me salvó.

–Perdóneme, pero es obvio que me ha confundido con alguien de gran valentía. Le aseguro que no he salvado a nadie, y si lo hubiera hecho, estoy segura de que lo recordaría.

–Puede que a usted no le pareciera un momento tan crítico, pero si no se hubiera acercado a mí y me hubiera dicho que mirara al horizonte, podría haberme arrojado por la borda para terminar con mi sufrimiento. Creí que usted era un ángel que venía a salvarme.

Eireanne se quedó sin aliento por la sorpresa. ¿Este era el hombre indefenso que había visto en la cubierta del *St. Mary*? Pero aquel hombre parecía más pequeño. Y quejumbroso. Aquel hombre tenía la barba crecida sobre una piel del color gris del cielo de esa mañana.

–¿Era usted? –preguntó con incredulidad.

–¿No me reconoce? –preguntó riendo–. Me he aseado un poco, pero, por mi honor, soy la misma masa de carne temblorosa que encontró en la cubierta de ese barco.

–No, no le reconozco –dijo, sonriendo ahora–. Apenas vi su cara en toda la noche, y lo poco que vi era bastante verde.

Él se echó a reír.

–De acuerdo, estaba verde de pies a cabeza^[7]. Creo que puedo decir con toda seguridad que nunca seré un marinero.

Este hombre se veía demasiado viril para haber estado tan terriblemente enfermo como había estado.

–Al menos parece recuperado y en buen estado de salud.

–Siempre y cuando mis pies estén plantados en tierra firme, o en el río, parece que estoy bien –dijo, moviendo el brazo hacia la ventana–. Son las olas las que me atormentan. En verdad, sin duda es una grata sorpresa haberla encontrado de nuevo, señora. Así puedo agradecerle su amable ayuda, tal y como deseaba hacerlo desesperadamente esa noche.